

VEGAS DEL CONDADO: AQUELLOS CARNAVALES ...

Salvo en lugares muy concretos de la provincia, como La Bañeza o Velilla de la Reina, los carnavales en León apenas tienen tradición y solera. A cambio rebosan ternura, emotividad y añoranza en el recuerdo de cada leonés de la diáspora.

Porque, pobres o ricos, son los nuestros. Como el hijo tonto, el adil, el barbecho aquél, la «suerte» del monte, la tierra «del otro lado del río» que casi no te tiene cuenta llevarla, el centenal del alto que cada año da menos o la viña de Candajo que «hay que arar de tan mala gana p'a cuatro racimos que dá»... Pero como es tuyo, es una parte de ti. Lo amas y pones en el recuerdo los ingredientes emotivos que sin duda no tuvieron cuando lo viviste sobre el terruño...

Y al evocar el Carnaval, lo haces con la emoción revivida de la picardía, del atrevimiento, del desafío a lo -en cierto modo sólo- prohibido. Por más que aquella ingenuidad fuese vista con tolerancia y hasta casi con complacencia por la autoridad competente, si bien lo piensas. Pero si solamente evocas...

Nuestro Carnaval, el Carnaval de Vegas de aquel año (45, 46...) acabó en el calabozo. Para nuestros 6, 7, 8, 9... años, no podemos presumir de que nos marcara como tantos otros alardean, pero nos **acojoeso** cantidad. Y por bastante tiempo. No era para menos aquella oscuridad tenebrosa, tras el sobresalto provocado por la cara feroche del cabo Frutos deteniendo el desfile frente a la farmacia y ordenando que lo reanudásemos... hasta el Cuartel.

Bueno, la verdad es que el **acojoeso** lo llevábamos ya puesto cuando salimos de la escuela y empezamos a embadurnarnos con corchos ahumados. Hacia un frío que pelaba; pero los nervios, más que el calor del corcho, nos hacían arder la cara. Después vendría lo del disfraz, seguro que de lo más simple, pero que interiormente acabó de transfigurarnos; en este menester,

los monaguillos, Rufi y compañía, eran maestros y como tales actuaron con los demás. Después vino la formación, o sea el rebaño; después, contener la respiración y el **acojoeso**; y después... «calle adelante».

Precedían una desafinada banda de lateros, que en nada demostraban disponer en el pueblo de los más afamados tamboriteros del contorno, los hermanos Sandoval; o los hijos del tío Valentín, que así «sonaban mejor»: Efigenio, Darío, Luis y Meño. Venía compensando lo desafinado del concierto por lo infernal del ruido y esto era lo más provechoso para nuestra causa carnalera; para superar y espantar nuestro **acojoeso**.

Las calles se fueron llenando, además de ruido, de curiosos. El desfile, o sea el tropel, debía resultarles de lo más esperpéntico y cómico. De 6 y de 2 en fondo, según las anchuras y estrecheces de cada calle, y la voluntad de cada cual, con un griterío que se desacompañaba al estrépito de las latas e insensible a la voz de mando de «El Pirata», ya por entonces con inclinaciones hacia la Milicia. Aquello era algo más que una murga...

-¡Qué bulla, Señor!, qué bulla arman estos rapaces...!

-Los guirrios, madre ¡Los Guirrios! - enfatizaba algún crío con emoción casi de leyenda.

-Pues di tú que sí, menuda guirriada...

Pero todos acababan riéndolo. Todos... menos el cabo Frutos, a la sazón estratégicamente situado en aquel podio o tribuna que para nosotros resultaba la acera de la farmacia. Lo divisamos nada más asomar por el barrio La Botica, rodeado de gente, pero marcial y autoritario, casi épico. Ante la visión, un algo más que aturdimiento y **acojonaeso** se apodera de nosotros. Como por ensalmo, el ruido fue

desapareciendo y el rebaño estrechándose como correspondía al peligro surgido.

-¡Alto...! -tronó la voz del cabo Frutos-. Y a fe que fue la única voz de mando obedecida hasta entonces por el tumultuoso tropel, si bien con la secuela de los trompicones propios del frenazo en seco. Como os gusta tanto desfilar, seguir haciéndolo hacia el Cuartel y esperarme en la Sala de Armas. ¡Pero que no se marche nadie!

Nos cerraba la única escapatoria de quienes estábamos en avanzado estado de cistitis. «Pirata», gracias a su presencia de ánimo y nuestro silencio, se hace dueño de la situación y se pone al frente de aquella columna de derrotados. Se le obedece y fue lo menos malo, marcialmente hablando. Mas triste destino el del capitán «Pirata», únicamente en ejercicio tras la derrota.

Y así, como en los versos guerreros:

**Cual fantasmas vagarosos,
abatidos, vacilantes
cabizbajos, andrajosos,
se encaminan lentamente
los vencidos al penal.**

La Sala de Armas, en su alejamiento, suponía mucho para nosotros por lo que era y representaba. Y seguro que no lo humanizaba ni la estufa leñera y cilíndrica aquélla, ni la bombilla desnuda y como pendular, ni el desigual descarnado de las paredes...

Más amontonado aún, el rebaño tiritaba cuando el cabo Frutos tomó la palabra. Debió sonar a rayo infernal su anatema y veredicto, invocando solamente nuestro «desafiante atrevimiento». Sólo recuerdo el final:

-i... Y ahora, a pasar la noche al calabozo!

Estos cien últimos metros, hasta el cal... vario, ya fueron un puro llanto. Y dentro, el acabóse: para unos, como yo, la agonía; para otros, como Sindo, la ocasión de demostrar consoladoramente sus dos años de superioridad; para José Luis, la oportunidad de tirar por el ventano los

papeles que su tío no le permitía destrozar en la escuela... Y lo debió hacer a conciencia. Volaban legajos y archivos, cartillas de racionamiento y listados de mozos de reemplazo, censos e impresos, edictos y boletines ... Cuando se hartó, ya cabíamos mejor y Los pequeños dejamos de transmitir e intercambiar nuestras «filtraciones».

Nos soltaron a la hora del Rosario. Ya se sabe, contrarrestar a Don Carnal con Doña Cuaresma. Fue un Rosario de desagravio. Penitencial a tope, por lo del hipo. No hubo cena, la boca nos sabía demasiado salada. Esa noche y las siguientes, los sueños lo fueron en clave de guirrijo, diablo, cabo Frutos ...

Cuando con el alcalde Moisés recorría hace algunas semanas las obras del Ayuntamiento en reforma, al llegar a lo que fue calabozo, creí percibir: el espíritu de José Luis enfrascado en su papelerero bombardeo, las palabras de aliento de Sindo y un punto de autoculpabilidad en el hecho de que un exceso de «humedad residual» desacelerara el proceso de secado de suelo y paredes.

Nuestros carnavales no dan ni para una fotografía con la que ilustrar estas entrañables añoranzas. El reportaje -ni gráfico y escasamente literario-, es solo leve recuerdo, velada película de aquel carnaval de mi infancia.

MANUEL ROBLES RUIZ